

se estableció una legislación jurídica y política que aseguraba el mantenimiento de la nueva sociedad. Muchos de los que se marcharon con la idea de regresar, fueron creando lazos e intereses en las tierras recién descubiertas, hasta formar una sociedad autónoma que acabó independizándose de la metrópoli.

Lo que constatamos a lo largo de este trabajo es que no hay historia de América sin España ni historia de España sin América. Los españoles, nos dicen las autoras de este capítulo, «al trasladarse a las colonias estaban realizando historia de América y, del mismo modo, América estaba mediatizando y matizando el porvenir de un núcleo social español formado por los emigrantes. El trasvase común de experiencias económicas, sociales, políticas y culturales no puede verse mejor reflejado que en esta emigración de hombres» (pág. 70).

Ya en el siglo XVII el español encuentra en el Nuevo Mundo una sociedad estratificada de acuerdo al color de la piel. El blanco se siente superior aunque sea más pobre y, si es hidalgo, está exento del pago de los impuestos. La mayoría de las veces el emigrante establecía una red de vínculos familiares con los cuales creaba una especie de clientela en el ejercicio del poder, vicio que tantas secuelas ha dejado en la sociedad americana.

Huyendo de la miseria

La emigración en el siglo XIX es una válvula de escape para muchos españoles desheredados. Está ligada a los conflictos que crea el proceso de industrialización en Europa. Gran Bretaña, que domina la economía mundial, adolece de desniveles entre producción y capacidad de consumo. Asimismo hay un incremento de la población mundial, lo cual ocasiona un éxodo de gentes en busca de mejores condiciones de existencia. Esto es posible además —afirma Alejandro Vázquez— gracias al desarrollo de los transportes y la reducción en el precio de los pasajes.

El destino de gran parte de los españoles es Argentina, São Paulo, México y Cuba. En su mayoría son gallegos y asturianos que proceden de las zonas rurales o de las capas más bajas del mundo urbano. Se trata de una emigración asistida: viaje gratuito hasta las planta-

ciones de café, en Brasil, o exención de servicio militar. También hay en esta época una emigración política, pero minoritaria.

A lo largo del siglo XIX, en la Península se vivía un permanente malestar entre la población y sus dirigentes. La elite de la Restauración no fue capaz de llevar a cabo transformaciones políticas y reformas sociales, de desarticular el caciquismo, ni de atender a las reivindicaciones de los obreros. Esto aumentó las diferencias sociales y empobreció aún más a la clase trabajadora.

Por el contrario, en las últimas décadas del siglo pasado, América Latina, especialmente Argentina, pasaba por un momento de expansión económica. Aunque dependiendo de Inglaterra, se convertía en un proveedor importante de materias primas, un lugar atractivo para las inversiones extranjeras. Exportaba en abundancia ganado y productos agrícolas para satisfacer la demanda europea. La elite política latinoamericana, que había adquirido una educación europea, aspiraba a implantar el mismo modelo de sociedad. Para tal fin se llamaron especialistas, científicos, asesores y creadores pioneros de centros educativos. Argentina, por ejemplo, adoptó una postura que favorecía la emigración española.

A América Latina llegaron, entre 1880 y 1930, según el Instituto Geográfico Estadístico (IGE), 3.685.932 españoles, gallegos —en su mayoría—, asturianos, catalanes y castellano-leoneses. Más de la mitad eran agricultores, el resto se dedicaba al comercio, el transporte, la industria o ejercía profesiones liberales. Los países de destino eran, en primer lugar, Argentina, luego Cuba, seguidos de Brasil y Uruguay.

Los españoles manejaron diferentes sectores del comercio. En Montevideo el negocio de colchoneros, panadería, barraca y hostelería era básicamente de gallegos. En México, entre 1882 y 1911, los españoles constituían el grupo extranjero más influyente en el país. Eran un círculo cerrado de comerciantes dedicado a la fabricación de tela de algodón, lanas, tabaco, cerillas, tejas y camas de hierro. A Chile llegaron ferreteros asturianos. En Cuba, en 1936, como afirma Consuelo Naranjo, los españoles tenían 43.000 negocios, textiles, en su mayoría, bodegas, fondas y cafés. De esta clase de aldeanos trabajadores y ahorradores procede el indiano que en-

vía dinero a sus parientes españoles pobres y que, convertido en mito, silenció la triste historia de los repatriados, que fueron muchos.

Bienvenidos sean

Los diplomáticos de países latinoamericanos, interesados en captar emigrantes españoles, hicieron propaganda a favor de la emigración y crearon centros para regularla. Muchas veces se recurrió a los párrocos de los pueblos. Surgió así una especie de ganchos o arregladores, vinculados a las empresas transportadoras, que hicieron su agosto llevando a las gentes. Hubo muchos que fomentaron la emigración clandestina. Pero el salto al país de destino era más fácil si existían vínculos familiares o contactos personales, los cuales dieron lugar a lo que se denomina cadenas migratorias. Los gobiernos que tanta propaganda hicieron para captar emigrantes, no siempre les daban las facilidades prometidas. Quienes los acogieron de manera eficaz fueron sus propios paisanos.

Persiguiendo la utopía libertaria

Al lado de comerciantes y artesanos también se embarcaron dirigentes obreros sindicales, «internacionalistas», bakunistas comprometidos con los movimientos insurreccionales de la primera república, anarquistas contrarios a la restauración y federales pimargallianos. Conocer su número, afirma Antonio Bernal, es muy difícil, pues casi siempre viajaron de forma clandestina. La única vía para estudiar este fenómeno es la recuperación biográfica de los protagonistas.

El sindicalista español emigrado a América Latina quería materializar su utopía ácrata y libertaria. El libro de López Arango y Abad de Santillán, *El anarquismo en el movimiento obrero*, publicado en 1925, trata ampliamente el caso de Argentina, que es el más conocido. Los dos autores eran dirigentes sindicales en la capital argentina.

Asimismo emigraron a América prófugos que escapaban del servicio militar obligatorio, especialmente durante la guerra de Marruecos; radicales de la oposición política a la restauración de Cánovas y trabajadores ex-

puestos a la represión del Estado, por sus ideas o actuaciones reivindicativas. A diferencia de los obreros, los republicanos en su mayoría pertenecían a la pequeña y mediana burguesía. Al llegar a América contribuyeron a la creación de partidos políticos de corte democrático liberal, las reformas del sistema educativo y la promoción del campo editorial.

Huyendo de la dictadura

El exilio político empujó hacia Latinoamérica, según las estadísticas, más de 30.000 personas; entre 1939-48 tiene otras características. Se trata del éxodo ocasionado por la Guerra Civil. En este caso, el traslado de los perseguidos por los nacionales se hizo de manera organizada y con la colaboración del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles. Los exiliados pudieron llegar a su destino, generalmente, a través de Francia.

La actitud de los países latinoamericanos frente a los nacionales y los republicanos es diversa y entra en el juego de los intereses internacionales, afirma Julio Aróstegui. En Perú, Benavides tiene muchos puntos de contacto con Franco y no colabora con la oposición. El dictador Trujillo, de República Dominicana, quiere mejorar su imagen y abre la puerta a los republicanos, en tanto que la actitud de Venezuela es recelosa con éstos. Será después de 1940 cuando este país incentivará la emigración, especialmente de los vascos. Sin embargo, la acogida que México brindó a los republicanos, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, es un caso excepcional. En Argentina fueron los compatriotas quienes se apresuraron a enviar una generosa ayuda económica, facilitando, además, su llegada, a pesar de la resistencia de los sectores más conservadores de la colonia. También en Colombia, la política liberal del presidente Eduardo Santos prestó toda su colaboración a los republicanos, a pesar de la oposición conservadora y de la Iglesia.

De nuevo a probar suerte

Después de la Segunda Guerra Mundial el panorama internacional cambia. Desde entonces, hasta la Declaración de Guadalajara, las razones de la emigración a La-

tinoamérica, así como la condición de los emigrantes, sufre algunas modificaciones. Entre 1947 y 1956 muchos países pasan a una emigración reglamentaria y asistida, con el fin de contratar personal cualificado. Argentina sigue siendo el país preferido. No obstante, Venezuela, con el *boom* del petróleo, se configura como una opción atractiva, especialmente para los canarios, del sector de la pesca, la agricultura y el comercio.

A lo largo de los 50 la situación económica y política de América Latina se deteriora. Con la recuperación económica de Europa, empezaron a cambiar las circunstancias favorables del comercio exterior. La explosión demográfica que sufre América Latina repercute en los órdenes de la vida económica y hay una mayor dependencia de Estados Unidos, lo cual ocasiona el surgimiento de grupos guerrilleros y de formaciones políticas de izquierda. Estas circunstancias modifican los flujos migratorios, tanto que, hacia 1976, las razones de la emigración española a América son radicalmente opuestas. En España se establece la democracia, tras la muerte de Franco, instaurándose una política de cooperación con Latinoamérica. Cooperantes, religiosos o voluntarios, miembros de organizaciones no gubernamentales llegan a los distintos países para colaborar en proyectos de diversa índole.

Esta *Historia de la Emigración Española* nos demuestra que durante quinientos años se han mantenido vivos los lazos entre la Península y sus antiguas colonias, perpetuando con ello una relación de atracción y rechazo mutuos cuya historia sigue escribiéndose, pero a la inversa.

Consuelo Triviño Anzola



Los debates teatrales de Pérez Minik

Domingo Pérez Minik (Santa Cruz de Tenerife, 1903-1989) era un agitador de mucho cuidado. Siempre lo fue. Incluso cuando escribía aquellas crónicas deportivas no exentas de apasionamiento de sus inicios como periodista en la *Gaceta de Tenerife*. Un agitador, un provocador, un revoltoso de la cultura. Porque Pérez Minik nunca cesó de interrogar y de interrogarse por cuanto le rodeaba. Porque se atrevía a plantear en voz alta, críticamente, sus incertidumbres y sus certezas. Porque no aceptaba los lugares comunes, ni la rutina ni la molición de pensamiento. Porque no temía discrepar y no se hacía cómplice de silencios acomodaticios. Domingo Pérez Minik fue un agitador de mucho cuidado porque nunca renunció a inquietar las conciencias culturales y nunca tuvo reparos en agrietar más de una convención establecida. La curiosidad inagotable que lo caracterizaba no resultaba ajena a esa actitud suya. Una curiosidad intelectual que devino en interés —y militancia— por las vanguardias. Ahí está para recordárnoslo el ejemplo de su papel fundamental en *Gaceta de Arte* (1932-1936), la publicación canaria que se convirtió en una de las más destacadas y significativas de la vanguardia europea y bajo cuyos auspicios —como sabemos— se celebró en Santa Cruz de Tenerife, en 1935, la I.ª Exposición Surrealista en España, con la presencia de André Breton y Benjamin Péret. (Y ahí está también, para completar la talla